

PREFACIO

Las instituciones culturales de España y sus historiadores apenas han mostrado interés por la actitud ética del cristianismo y de la Iglesia antigua hacia la guerra y el servicio militar. Se ha investigado muy poco y tampoco ha existido la preocupación de colmar esta laguna con la traducción de obras relevantes sobre el tema. El lector interesado tiene a su alcance numerosos tratados piadosos en los que encontrará el punto de vista tradicional de la Iglesia católica, pero estudios fundamentales que han supuesto un hito en Europa desde hace ya casi un siglo (Harnack, Cadoux, Campenhausen...) solo son asequibles en su versión original o en traducciones a lenguas modernas distintas al castellano. A nadie, en fin, se le ha ocurrido publicar una recopilación de las fuentes más significativas sobre la materia y compensar así la escasez de investigaciones históricas. Esta situación un tanto anómala explica el triple objetivo de este libro:

1.- Ofrecer una valoración crítica y global de las aportaciones historiográficas más importantes del último siglo. A eso responde el capítulo I y las numerosas citas bibliográficas del texto, que no pretenden ser un alarde de erudición, sino familiarizar al lector con los historiadores y especialistas más significativos, advertirle que determinada temática es tratada por ellos con más amplitud o que la tesis expuesta les pertenece.

2.- Dar a conocer, en su versión castellana, los textos fundamentales sobre la materia, de manera que la persona interesada pueda forjarse una opinión propia, razonada, fundada en las fuentes primarias. De ahí las numerosas referencias a los escritos de autores clásicos y cristianos y las

frecuentes citas literales de sus obras. De hecho, hay muchos epígrafes, y hasta capítulos enteros, en los que el lector, espero, sacará más provecho y más ideas de este material documental que de las consideraciones teóricas sobre el mismo.

3.- Ofrecer mi propia interpretación general y de cada uno de los problemas históricos tratados. Con ello no pretendo en absoluto dar una respuesta definitiva a ninguna de las incógnitas que rodean las relaciones seculares del cristianismo y los ejércitos o la moralidad de la guerra y del servicio militar, sino que mis hipótesis sirvan como una referencia más para la reflexión del lector y para que sea siempre éste quien saque sus propias conclusiones.

Si he logrado estos propósitos, siquiera sea de manera imperfecta, la lectura de este libro podrá hacerse con criterios alternativos, casi independientes, según se atienda prioritariamente a los textos primarios y a las tesis de los autores clásicos o bien a mi relato y a mis propias deducciones. Esto es válido para el libro en su conjunto y para cada uno de sus capítulos, pues en su mayoría, aunque lógicamente coligados al conjunto, tratan una unidad temática completa o una problemática específica que puede estudiarse y valorarse en sí misma. Todos ellos, en fin, se han escrito pensando en un público culto y decidido a pensar por cuenta propia, pero no necesariamente especialista ni en el mundo antiguo ni en el cristianismo primitivo. Esto justifica el largo capítulo II sobre los ejércitos romanos (el escenario en el que se desarrollará el drama) y las numerosas alusiones o digresiones sobre la situación política y social de los siglos I-V d.C., con las que se pretende dar una información suficiente para entender en su contexto histórico los acontecimientos y los conflictos de orden religioso y militar. Debo advertir que este análisis histórico complementario no ha sido fácil ni me he limitado a reproducir los tópicos de manual sobre la historia de Roma y de la Iglesia. Por la sencilla razón de que el trasfondo social e ideológico de una época o de un país determinado es absolutamente imprescindible para percibir en su justa dimensión los problemas tratados: no es necesario recordar la evidencia de que los cristianos eran también ciudadanos o súbditos que sufrían por igual los avatares de su tiempo y compartían sus miedos y sus esperanzas. Tampoco se debe olvidar que la Iglesia conoció en estos siglos una profunda evolución institucional, doctrinal y ritual, y que afrontó con acierto desigual las contradicciones que ello generó en su propio seno, por no mencionar las que derivaban de su relación con un entorno social y político igualmente dinámico, unas veces propicio y otras hostil. Sin

un conocimiento riguroso, aunque sea necesariamente limitado, de esta cambiante realidad histórica es imposible una correcta comprensión de los problemas aquí abordados. Ha sido ésta, como veremos, una de las carencias más llamativas de la historiografía sobre la milicia y el cristianismo primitivo, y probablemente la que más errores ha propiciado por parte incluso de los grandes maestros, duchos en teología e historia eclesiástica pero a menudo alejados de la realidad material en la que una y otra se sostienen.

Hace más de 20 años que me consagré al estudio del cristianismo en la Antigüedad y ocho que me decidí a trabajar en sus relaciones con el ejército y el servicio militar romano. Los resultados que aquí presento deberían reflejar no solo estos años de investigación, sino las condiciones privilegiadas en que se ha llevado a cabo. En primer lugar por trabajar en Granada, cuya biblioteca universitaria y más aún su Facultad de Teología cuentan con el repertorio de revistas y de fondos bibliográficos probablemente más importante de España en lo que se refiere a historia del cristianismo antiguo. Algunos profesores de esta Facultad leyeron una primera redacción de este libro y a sus críticas y orientaciones documentales debo mejoras sustanciales del mismo. Mi agradecimiento por ello a Manuel Sotomayor y Muro, Juan Antonio Estrada (ahora profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de Granada) y a José Luis Sicre: las críticas de este último a mi primeras páginas sobre el mundo judío y judeocristiano fueron tan contundentes que me decidieron a rehacer por completo el capítulo III. Pero no todos los materiales necesarios están disponibles en Granada ni son asequibles por el servicio universitario de intercambio bibliográfico. Esta monografía sería muy diferente, para peor, si no hubiese sido subvencionada por el Ministerio de Educación (DGICYT) como un Proyecto de investigación trianual, que me ha permitido participar en diversos congresos internacionales, contactar personalmente con especialistas en el tema y adquirir numerosas obras de referencia. Gracias a becas suplementarias de la propia DGICYT, de la Junta de Andalucía y de la Universidad de Granada, he podido además realizar diversas estancias de estudio en la Universidad de Oxford, que han resultado fundamentales en mi investigación, no solo por la riqueza documental de las bibliotecas Bodleiana y Ashmolean, sino por posibilitarme la consulta y el contraste de opiniones científicas con los historiadores que allí trabajan o investigan de manera ocasional. He de expresar en este sentido mi reconocimiento a Fergus Millar, que me facilitó el acceso a todas las instituciones aca-

démicas de esa Universidad, trató conmigo innumerables aspectos de mi trabajo y me puso en contacto con algunos colegas peritos en la materia. Entre ellos, debo recordar con especial gratitud a Michael Whitby, de la Universidad de Warwick, que leyó uno de mis primeros borradores y me hizo numerosas sugerencias teóricas y documentales. Y nunca olvidaré la generosidad de Geoffrey de Ste Croix ni las agradables horas de diálogo sobre aspectos diversos del cristianismo antiguo. A él lo recordaré siempre, con sus 86 años y las piernas férreamente protegidas contra la osteoporosis, caminando hacia mi apartamento en Oxford con una vieja maleta en la mano y una mochila a la espalda, repletas de libros sobre cristianos y militares. Unos libros que puso a mi disposición, como toda su biblioteca, para su lectura y consulta reposada en Granada. Este Ste Croix conversador y sutil, pronto y pródigo en la respuesta epistolar, desprendido, apasionado de la historia, entusiasta debelador de Pablo y Agustín, ha sido para mí un ejemplo estimulante durante estos años de estudio, como me consta que lo fue para todos los que tuvieron la fortuna de gozar de su hospitalidad y de su inmenso saber.

Son muchos los colegas que en este tiempo, dentro y fuera de España, leyeron algún borrador inicial y me hicieron correcciones de detalle, me animaron a su publicación o me informaron de alguna novedad bibliográfica. Poner aquí sus nombres sería convertir este prefacio en una fría y quizá incompleta *tabula gratulatoria*, pero ellos podrán constatar que siempre tuve en cuenta sus observaciones. No puedo dejar, sin embargo, de expresar mi agradecimiento al profesor David Woods (University College Cork, Irlanda), por facilitarme los originales de diversos y valiosos trabajos suyos aún inéditos, así como a los responsables del *Instituto de la paz y los conflictos* de la Universidad de Granada, que ya en 1996 aceptaron una primera redacción para su publicación en la serie *Eirene* y han visto con plena comprensión mi deseo de mejorarla durante otros cuatro años. Espero que ese retraso haya valido la pena, aunque esta obra, como casi todo lo que se escriba de Historia, no pretende ser algo acabado sino un proyecto en el que se ha dejado provisionalmente de trabajar para dar a conocer los resultados obtenidos.

Un libro de estas características no solo exige años de investigación y la accesibilidad a una documentación muy especializada, dispersa y a menudo difícil de localizar. También se requiere cierta liberación de las múltiples ataduras cotidianas, la posibilidad de consagrarse plenamente y con total tranquilidad personal al estudio. Yo he podido hacerlo gracias a la entrega de mi mujer, Elisa, que ha seguido paso a paso su lenta

elaboración, el desánimo ante las dificultades propias de toda investigación y la alegría de su superación. Sin ella, definitivamente, no se habría escrito. Quienes la conocen lo saben. Para quienes no, la dedicatoria debe hablar por sí misma.